

rráneo sin fondo, mientras otros y moverse el monstruoso edificio. escalones suben hasta arriba, hasta llegar al techo. ¿A dónde van? Dios lo sabe. Por los huecos de un arco vacío, un hilo de agua que cae despide lívida claridad. Una bóveda de verdosa frente, gotea dentro de un pozo. En la obscuridad, un pesado montón de rocas sin apoyo se ve detenido por zarzas trepadoras; una cuerda que pende de un montón de apilados maderos cae hasta el nivel de la mano del viajero curioso. En una cueva, inclinado sobre un libro y leyendo, un viejo sobrehumano, debajo de una roca, que amenaza desplomarse, parece que viva allí olvidado por la muerte. Esfinges, bueyes de bronce, acurrucados sobre el estrave, forman los chapiteles de los pilares decrepitos; el áspid de ojos ardientes, agitando sus pupilas, desliza su cabeza chata por las hendiduras de las piedras. Todo se mueve y se tuerce bajo los techos entreabiertos. Las paredes rezuman y se ven hormiguear, a través de las hojarascas rojas, saliendo por entre los mármoles, monstruos que podrían tomarse por raíces de aquellos árboles. Por todas partes, en las paredes del sombrío monumento, un no sé qué de horrible se arrastra confusamente, y el que recorre ese dédalo disforme, como si se apoderara de él un enorme pólipo, por encima de él y por debajo, parece que sienta vovir

En esas horas en que el espíritu y la vista, recorriéndolo todo, tratan de ver en la noche el fondo de las cosas, mis miradas se perdieron en esos terribles sitios, y contemplándolos, he exclamado muchas veces:—«Sueños de granito, grutas fantásticas, criptas, palacios, tumbas repletas de varios rumores, sois menos brumosos, menos ignorados, menos profundos y menos desesperados que el destino; el destino, ese antro habitado por nuestros temores, en el que el alma, perdida en espantosos laberintos, en el fondo, al través de la obscuridad, y produciendo ruidos sordos, en un abismo desconocido, mira caer la corriente de los días!»

14 de abril de 1839.

XIV

EN EL CEMENTERIO DE...

La multitud de los vivos ríe corriendo tras sus locuras, ya en busca de placeres, ya al encuentro de los dolores; pero yo, que soy soñador, me imagino que

* * *

los olvidados muertos tienen sus miradas fijas en mí. celestial, la azucena parece más pura y el pájaro más tierno.

* * *

* * *

Saben que soy el hombre de las soledades, el paseante que medita bajo el follaje de árboles espesos, el espíritu que encuentra, considerando todos los dolores, en la superficie de todo la duda, y en el fondo de todo la paz.

¡Allí es donde yo vivo! Cogiendo rosas blancas, consolando las tumbas abandonadas desde hace mucho tiempo, paso y vuelvo a pasar; separo las ramas, nuevo ruido en la hierba, y los muertos parece que se regocijen.

* * *

* * *

Saben que me inclino y medito sobre los bojés, sobre las fosas y sobre las cruces; oyen el rumor de mis pasos cuando camino sobre las hojas secas, y me han visto contemplar las sombras de los bosques.

Allí sueño, y vagando por el campo sumido en el letargo, veo, con los ojos abiertos de mi pensamiento, cómo se transforma mi alma en un mundo mágico, espejo misterioso del universo visible.

* * *

* * *

Comprenden mi voz, que se levanta en medio del mundo, mejor que vosotros, vivos luchadores; los himnos de mi lira, que se ocultan en mi alma, para vosotros son cánticos y para ellos son sollozos.

Mirando sin verles, escarabajos misteriosos, ramajes confusos, formas y colores vagos, allí, sentado sobre las piedras caídas, y en plena obscuridad, me asaltan deslumbramientos de claridades y de flores.

* * *

* * *

Olvidados por los vivos, les queda la naturaleza. En el jardín de los muertos, donde un día reposaremos todos, el alba lanza una mirada más serena y más que termino de rodillas.

Allí el sueño ideal que se posa sobre mis párpados, flota como velo luminoso entre la tierra y mis miradas; allí mis dudas ingratas se funden en plegarias, que empiezo a murmurar de pie y que termino de rodillas.

* *

Como vuela la paloma nasta el hueco de las rocas para encontrar en ellas la gota de rocío que cae antes de que aparezca el sol, mi espíritu sediento, a la obscuridad de las tumbas va a beber una gota de fe, de esperanza y de amor.

Marzo de 1840

XV

Madres, el niño que juguetea alegre en vuestro hogar, más delicado que las flores y más tranquilo que el cielo, os debe inspirar que tengáis cariño, pudor y prudencia. El niño es una llama pura cuyo calor acaricia; es la alegría santa; es la felicidad sagrada; es un reflejo dorado del nombre paterno, cuyo reflejo os basta para ver con claridad en la obscuridad de vuestra alma. Madres, el hijo que lloráis y que voló hacia el cielo, cuando levantáis la frente hacia la esfera estrellada, derrama sobre vuestros dolores un fulgor augusto, porque el inocente brilla tanto como el justificado. Os hace ver con dulce claridad, al través del orgullo, de las virtudes, de las desgracias y de la noche que enluta vuestra

alma, a Dios en su profunda tranquilidad. Que viva o que muera el niño, siempre brilla. En el mundo, en el que necesitamos el auxilio de todos, en el que nuestros días inciertos están pendientes de tantas ignotas contingencias, es un guía que desvanece las brumas que a nuestro alrededor levantan las dudas y los vicios; cuando vive el niño, enseña a las madres la verdadera senda del deber; cuando el niño muere, descubre a éstas la verdad sin velos; en el mundo es para ellas una antorcha y en el cielo es una estrella.

27 de marzo de 1840.

XVI

¡Marineros, oh, marineros! daréis al viento las velas; bogaréis, unas veces alegres y otras con abatimiento, contemplando al fulgor de las estrellas la playa, el escollo o el puerto, según el viento os empuje;

* *

Envidiosos, hincaréis el diente en el basamento de las estatuas; pájaros, cantaréis; ramajes, os cubriréis de hojas verdes; puertas, crujiréis cubiertas de hiedra; campanas, haréis vivir y soñar a las aldeas;

* *

Viajeros, acomodando vuestra naturaleza a las costumbres de todos los hombres, vagaréis meditando sobre la tierra; pensativos recorreréis el mundo en que habitamos, acordándoos algunas veces de los que moran en las tumbas;

* *

Encinas, creceréis en el fondo de las soledades en brumosas lontananzas; viejos sauces, adoptaréis tristes actitudes y contemplaréis vagamente vuestra propia imagen en los arroyos;

* *

Nidos, temblaréis al sentir dentro de vosotros cómo se van formando las alas de los pequeños pajafillos; surcos, os estremeceis al sentir la trepidación del crecimiento del trigo; antorchas, arrojareis rojas chispas que formarán un torbellino humeante, parecido a un espíritu conturbado;

* *

Rayos, manifestaréis el poder de Dios, a quien adoran los mares riachuelos, nutrireis las flores, cuyos capullos se abrieron en abril; vuestras corrientes reflejarán la sombra del hombre, pero fluirán

siempre y el hombre se extinguirá en breve.

* *

Cada cosa y cada alma, cada ser y cada objeto seguirán su curso, su ley, su pasión, y su fin, aportando su piedrezuela para la obra indefinida, que, con el curso del género humano, constituye la creación.

* *

Y yo contemplaré a Dios, padre del mundo, que nos entrega, para mitigar nuestra sed, tanto en la sombra, como en la claridad, el cielo, esa inmensa urna, en la que podemos beber la calma y la serenidad.

5 de mayo 1839.

XVII

ESPECTÁCULO TRANQUILIZADOR

Todo es luz, todo alegría; la diligente e incansable araña ata a los tulipanes de seda sus redondos encajes de plata.

* *

La estremecida mariposa fija sus asombrados ojos en el estanque espléndido, donde pulula todo un mundo misterioso.

* * *

La rosa parece que, rejuvenecida, extiende sus pétalos a las obisas, y el pájaro canta armoniosamente en las ramas bañadas por los rayos del sol.

* * *

Su voz bendice a Dios que, visible siempre para los corazones puros, formó el alba, párpado de fuego, para el cielo, pupila azul.

* * *

En el fondo de los bosques, donde se embotan todos los ruidos, el temeroso gamo corre y brinca, y en las alfombras de musgo brilla el escarabajo como un objeto de oro vivo.

* * *

La luna, durante el día, está pálida como un alegre convalesciente, y con ternura abre sus ojos de ópalo, cuya dulzura exquisita descende hasta nosotros.

* * *

La abeja con el alelí juguetea, acariciando la vieja tapia; el surco caliente alegremente se despierta removido por el oscuro germen.

* * *

Todo vive y ostenta su belleza; iluminada por un sol ardiente, la sombra huye del agua que pasa, y el cielo se ostenta azul sobre el collado verde.

* * *

La llanura brilla dichosa y pura, el bosque verdea, la hierba florece. Mortal, nada temas; la naturaleza es poseedora del gran secreto y se sonríe.

1.º de junio de 1839.

XVIII

¡Me entusiasma el armonioso repique de las campanas en tus viejas ciudades, oh antiguo país, fiel guardián de las costumbres domésticas, noble país de Flandes, en el que el cierzo se entibia, calentado por el sol de Castilla y se junta al mediodía! El toque matutino suena en la hora inesperada y loca que el ojo del hombre cree ver ataviada como una danzante española que apareciese súbitamente por el hueco vivo y clarísimo que dejaría una puerta que se abriese en el oscuro ambiente de la noche que huye. Llega sacudiendo sobre los techos

aletargados su delantal de plata, horas meditando para volver a bordado de notas musicales de colocar en su sitio, en el fondo mágicos sonidos; despertando sin de mi cerebro, mis ideas, mis miramientos a los cansados durmientes; saltando a pequeños pasos como un pajarillo alegre; vibrante como un dardo que tiembla en el blanco donde acaba de clavarse; por una delicada escalera de cristal invisible, espantado y danzarín, desciende de la altura; y el espíritu, ese atento vigilante que no carece de ojos y de oídos, mientras que él va, viene, sube y baja siempre, oye el ruido que sus pasos producen al marchar de grada en gradal

colocar en su sitio, en el fondo de mi cerebro, mis ideas, mis planes, mis visiones, los objetos eternos de mi meditación, Dios, el hombre, el porvenir, la razón y la demencia, y mis sistemas, montón sombrío, andamiaje inmenso, descompuesto de repente por las preguntas que al azar hace un niño. Pero ya que por fin, sondeando mis destinos, me preguntáis por mis años juveniles; ya que, hijos míos, todo lo queréis saber, os voy a referir mis primeros instintos y mi primera esperanza.

* * *

Tuve durante mi efímera infancia tres maestros: un jardín, un anciano sacerdote y mi madre. El jardín era grande y misterioso; altísimas tapias le ocultaban a las curiosas miradas, estaba lleno de mil flores y de mil insectos, lleno de susurros y de aromas; en su centro era casi un vergel y en su fondo era casi un bosque. El sacerdote excesivamente empapado de Tácito y de Homero, era un anciano cariñoso; mi madre... era mi madre. Así crecí yo, bajo esa triple influencia.

* * *

XIX

LO QUE SUCEDÍA EN LAS FULDENSES HACIA 1813

Niños, puras y hermosas frentes inclinadas hacia mí, boquitas adornadas con dientes de esmalte, que me preguntáis el por qué de todas las cosas, que me interrogáis sobre más de un gran problema, pretendiendo que de lo que es obscuro para mí mismo os dé a conocer el sentido verdadero y la palabra decisiva, os apoderáis de tal modo de mi espíritu pensador, que en repetidas ocasiones, cuando salís de mi estancia, hijos míos, paso algunas

Un día... ¡Oh, si Gautier me prestara su lápiz, con un solo trazo os dibujaría una figura que, como funesto augurio, entró un día en

casa de mi madre. Era un doctor de frente estrecha, de aspecto solemne, que si os lo pudiera mostrar conseguiría hacer abrir vuestros labios con esa risa deslumbradora y cándida que muchas veces me enajena. Cuando entró ese hombre, estaba yo jugando en el jardín, y al verle me quedé parado de repente. Era el director de un colegio cualquiera.

* * *

Los tritones que Coypel suele agrupar alrededor de una concha, los faunos con que Watteau pobló los bosques, las brujas de Rembrandt, los gnomos de Goya, los distintos demonios, las pesadillas varias con que Callot, riéndose, atormentaba a San Antonio, son feos, pero no carecen de artísticos atractivos; son deformes, pero un destello de vida anima sus semblantes, y muchas veces sus ojos lanzan rápidos relámpagos: ese doctor era muy feo, pero además era muy estúpido.

* * *

Perdonadme si os hablo con la franca sinceridad del estudiante; hago mal. Procurad olvidar lo que os acabo de decir, puesto que, toda vez que he perdido la gracia de la niñez, perturbada por un pedante, no debo conservar la cólera de aquel entonces.

* * *

Ese hombre, calvo y vestido de negro, repugnante para mí y que a primera vista sobresaltó a mi madre, a pesar de su humilde actitud, venía a traer consejos y solícitas prevenciones.— Que el niño no estaba bien dirigido; que muchas veces se llevaba el libro para dar rienda suelta a sus pensamientos en los bosques; que crecía a la ventura en esta soledad; que debía corregirse esto; que el estudio severo debía hacerse en la obscuridad de los claustros; que una lámpara colgada del techo, que alumbraba a cien estudiantes que están escribiendo, aclara mejor el sentido de las obras de Horacio, a Cátulo y a Virgilio, que el sol, que deja caer sus rayos en los árboles y en las flores; en una palabra, que era preciso que los niños, separados de sus madres, estuviesen sujetos, trabajasen mucho y se les obligase a derramar algunas lágrimas. Además de esto, el colegio ofrecía con amabilidad al niño, que suspira por la libertad, el aire y el sol, sus bancos de madera, sus corredores flanqueados de dormitorios, sus salas con cerrojos, y en las que en todos los pilares está esculpido con un clavo viejo el fastidio de los estudiantes. Sus maestros que le obligan cargándole de mamotrecos a escatimar las horas del recreo con recargos

de trabajo y sin agua, sin prados, la inquietaba y la privaba sin sin árboles, sin frutos maduros, tregua del descanso. su joven corazón había de encerrarse entre cuatro paredes.

* * *

* * *

Quando se despidió aquel hombre, mi madre quedó triste y preocupada por sus palabras. ¿Qué hacer? ¿Quién tenía razón? ¿El sombrío colegio o aquella casa feliz? ¿Quién logra mejor la educación en la infancia, el estudiante turbulento o el niño solitario? Estos problemas, estas cuestiones, la hacían titubear; el asunto era grave. Mi madre, después de todo, era una sencilla mujer, cuya alma no formaron los libros, sino el destino; ¿cómo había de tener valor para oponerse a ese trágico profeta, que con tono y con ademanes magistrales le hablaba en nombre de los griegos y de los latinos? El sacerdote, sin duda, era sabio; pero, ¿enseña mejor sólo un profesor que un colegio? Además, el hombre más vulgar pronuncia en ocasiones palabras sacramentales, como:—«Es indispensable!» «Así conviene» etc. que turban muchas veces a la mujer más despejada. ¡Pobre madre! ¿Qué camino escogería de los dos? La suerte de su hijo pendía de sus manos, en las que temblorosa sostenía la pesada balanza, y creía que en algunos momentos ésta se inclinaba hacia el colegio, oponiendo mi felicidad futura a mi felicidad presente. Esta idea

Era en el verano, la hora en que asoma en el cielo la luna, una de esas hermosas noches parecidas al día, que tienen menos claridad que él, pero más ternura, y mi madre paseaba por el parque triste e indecisa como siempre, preguntando en voz baja al agua, al cielo, al bosque, y escuchando al azar las voces que oía. Era en aquellos momentos en que el jardín está en apacible calma, cuando en la maleza corre el invisible insecto, cuando los rayos claros de la luna hacen brillar la loza azul de la cúpula oriental del sombrío Val-de-Grace, y el claustro del convento arruinado, pero agradable a la vista; cuando en las estatuas, silenciosamente, se mueve la sombra que proyectan las ramas; cuando las flores de los árboles y de los arbustos, juntando sus perfumes a los cantos de los pájaros, se reflejan en las balsas y en los charcos, o se esconden entre las hierbas; cuando el abedul, inclinada su soberbia copa sobre los estanques y confundiéndola con la de los álamos blancos, tiembla suspendido sobre la superficie del agua; cuando el cielo brilla por entre los claros del ramaje, y de las chimeneas salen nubes de humo; cuando ese delicioso jardín, radiante paraíso, con sus múltiples voces habla a mi

madre en voz baja, diciéndole cariñosamente:—¡Déjanos a tu hijo!

* * *

«Deja con nosotros a tu hijo y no te inquietes, madre cariñosa; no entregues su frente pura y su alma cándida a la multitud, que la multitud es un torrente que destroza todo aquello que arrastra. Los niños tienen miedo como los pájaros. Deja que tu hijo se entregue a nuestros aires puros, a nuestros húmedos vapores, a nuestros suspiros ligeros; nosotros sólo le inspiraremos buenos pensamientos y substituiremos a la claridad del alba de su inteligencia, la ardiente luz del día; Dios aparecerá visible ante sus miradas, porque nosotros somos las flores, las ramas, las claridades, la naturaleza, el manantial eterno que mitiga la sed de todas las clases, que lava todas las alas; los bosques y los campos, que sólo comprende el sabio y que forman la educación de los grandes espíritus. Deja que crezca tu niño entre nuestros rumores sublimes. Le saturaremos de esos íntimos aromas que el soplo celestial esparció en todos nuestros dominios, que hacen salir del corazón del hombre y ascender hasta Dios como el canto de un laúd, como el incienso de un pebetero, la esperanza, el amor, la oración y el éxtasis. Haremos que sus ojos se inclinen hacia las sombras

de la tierra, hacia el secreto de todo lo que se presente ante sus pasos. Convertiremos al niño en hombre y al hombre en poeta. Debes escogernos a nosotros para formar sus sentidos, porque nosotros le enseñaremos de qué manera desde el alba hasta la noche, desde las encinas hasta los moscuitos, la vida bajo mil aspectos sonríe en las verdes llanuras, llenándolo todo de reflejos, de colores y de sombras. Te lo devolveremos sencillo e iluminado por la contemplación del cielo, y haremos que germine en él por todas partes esa bondad que nace del espectáculo de la naturaleza. Déjanos a tu hijo; le formaremos el corazón de suerte que comprenda a la mujer y el espíritu sencillo, en el que nacerán con facilidad sueños y quimeras; de ese modo tomará a Dios como libro y los campos por gramática, y su alma, como la de todos los soñadores, a la manera que el sol que fecunda las flores, lanzará rayos sobre todas las ideas.»

* * *

Así hablaron, en las horas en que la ciudad estaba dormida, el astro, la planta y el árbol; mi madre los escuchaba.

* * *

¿Cumplieron, hijos míos, su sagrada promesa? Lo ignoro; sólo sé que mi querida madre les

prestó asentimiento, y dispensando que los corazones en que Dios dome del encierro del colegio, confió mi juventud a las tiernas lecciones de la naturaleza.

* * *

Desde entonces, esperando que llegase la noche, durante cuyas horas me dedicaba al estudio, todo el día, libre y feliz, podía recorrer según mi capricho el delicioso jardín, contemplando sus dorados frutos, el agua corriente o estancada, los gigantescos árboles, las pintadas flores y los prados y los bosques, que mi espíritu por la noche volvía a ver reflejados en Virgilio como en un espejo.

* * *

Hijos míos, disfrutad de los campos, de los valles, de las fuentes, de los caminos, que la última luz de la tarde llena de voces lejanas; de las olas y de los surcos, en los que germina el pensamiento a la par que germina la espiga. Cogeos de las manos y recorred el parque, y cuando oigáis cantar a un pájaro, imaginad que en sus trinos oís la voz de Dios. La vida, con el choque de pasiones contrarias, os espera; sed buenos, profesad siempre unos a otros cariño fraternal, y unidos contra el mundo que rompe el espíritu, seréis siempre fuertes; no olvidéis nunca que los seres escogidos creados para la poseía y para la ilustración;

que los corazones en que Dios pone ecos para todos los rumores que anima misterioso sentido, en un sonido, en un vago murmullo, oyen y aprenden los consejos de la naturaleza.

Mayo de 1839.

XX

AL ESCULTOR DAVID

I

¡David! A la manera que un gran rey reparte, entre los príncipes sus hijos, sus Estados por provincias, Dios concede a cada artista un imperio distinto: al poeta le da la inspiración esparcida por todo el universo, la vida y el pensamiento, el espléndido enjambre de variadas estrofas, que vuelan desde el hombre hasta el ángel y desde el monstruo hasta la flor; al escultor le atribuye el imperio de la forma; al pintor los colores; al músico el mundo indefinible de los sonidos.

* * *

Le da la forma al escultor.— Sí, pero sabes muy bien, tú, que eres eminente escultor, que la forma es el todo y es nada. No es nada sin el espíritu, es todo cuando expresa la idea. Se nece-